FAUSTINO CORDÓN

Los hombres de Altamira y nosotros

He oído que la investigadora Matilde Múzquiz ha realizado descubrimientos notables respecto al modo de vivir de los hombres de la cueva de Altamira. Por ejemplo, ha inducido que en esas cuevas debían de alumbrarse haciendo arder la médula de los huesos largos, de la que —empapando en ella paja— basta una reducida porción para conseguir una luz difundida y poco fuliginosa que dura un par de horas y que permite pintar y contemplar lo pintado. De hecho, ella, con este sistema de iluminación y sobre un relieve artificial que reproduce el de las cuevas, ha pintado, ante cámaras de televisión, los animales representados en la cueva y usando la supuesta técnica, notablemente duradera, por ellos descubierta y perfeccionada. Me parece que —sea de este modo concreto o de otro alternativo— nada tiene de extraño que así haya sido. Centenares de miles de años antes de los habitantes de la cueva de Altamira, en la evolución prehumana del homínido, éste debió de adaptarse al ejercicio de una actividad animal específica caracterizada por una creciente actividad asociativa perfeccionada al compás del afinamiento, por selección natural, de dos capacidades congénitas complementarias, a saber, la de servirse cada vez mejor de la mano en la producción de útiles y la de emitir una creciente gama de gritos de comunicación. Esta especialización de la especie animal prehumana, que progresaría rápidamente a escala animal, hubo de culminar hace unas decenas de milenios en la palabra, que abrió el camino a la emancipación —característica de la actividad humana— de la dependencia directa de esta actividad de las específicas de animales de su entorno, dependencia recíproca en que permanecen todas y cada una de las restantes especies animales, sometidas así a un proceso de evolución conjunta que las hace estrechamente interdependientes; de hecho, la iniciación de la palabra y con ello la posibilidad que ella implica de perfeccionar la conducta social y de acumular experiencia colectiva hubo de suponer una ventaja selectiva tan grande que la evolución comenzó a modelar rápidamente al homínido precisamente por su capacidad congénita de hablar. En este momento evolutivo llegarían con más frecuencia a dejar descendencia los homínidos, en trance evolutivo de convertirse en hombres, que pertenecieran a los grupúsculos que fuesen estando mejor capacitados para hablar. (Parece que se seleccionarían grupos dependientes de grupos, más que individualidades, con capacidad creciente de hablar, y ello como antesala del origen del hombre *sensu stricto,* del homínido hablante que ya ha escapado de la selección natural). Claro que durante todo momento de esta fase evolutiva, la ventaja selectiva esencial para el homínido hubo de consistir en el modelamiento de los caracteres neuromusculares que permitieran, por una parte, modular la palabra con creciente precisión, complejidad, rapidez e inteligibilidad, en voz baja y, finalmente, para sí en la reflexión constituida en hábito, y por otra parte, oírla y aprender a entenderla distintamente. Claro que el afinamiento de la palabra determinó complementariamente el reforzamiento del medio social prehumano y recíprocamente.

RAÚL

En definitiva, el afinamiento de la capacidad congénita humana de adaptarse a vivir en la palabra, realizándose en medio social y contribuyendo a él ante toda coyuntura, debió de dotar muy pronto a escala evolutiva al homínido que inició la rampa ascensional de la palabra la configuración neuromuscular que, emancipándose de la selección natural, fijó los caracteres somáticos que desde entonces nos son propios y nos distinguen del conjunto de los demás animales en el sentido más profundo, a saber, los que nos llevan a modelar todos nuestros contenidos de conciencia en términos (para bien o para mal) de otros hombres, de nuestro medio social privativo. Y esta fijación de las capacidades congénitas del hombre al emanciparse éste de la selección natural hubo de suceder algunas decenas de milenios antes de que nos dejara su testimonio pictórico el hombre de la cueva de Altamira.

Lo así descubierto nos impone que seguimos siendo el hombre que vivió en la cueva de Altamira y que, como él, sabríamos aplicar su experiencia social a vivir en su peculiar circunstancia, y, recíprocamente, que desarrollaríamos una creciente experiencia social a partir de una vida realizada en una actividad asociativa trabada por la palabra. (En todo descubrimiento antropológico opera este esfuerzo de compenetración, con esta base objetiva). Podemos imaginar lo que verosímilmente hizo el pintor de Altamira porque tenemos igual capacidad cognoscitiva congénita. Pero esto mismo nos da consciencia de la profunda ignorancia particular en que estamos respecto a este pintor o pintores en lo que le distingue de nosotros, porque no podemos imaginar los contenidos verbales de la palabra en que se realizó su pintura que, sólo ellos, podrían dar el sentido de ésta, a nosotros, iguales congénitamente a él, pero separados por los avatares culturales de tantos milenios.

Faustino Cordón es biólogo.

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Más sobre los vascos

En su artículo *La imposible sutura* (EL PAÍS, 26 de octubre), el señor Juaristi denuncia gravísimas arbitrariedades de la Administración nacionalista vasca durante la última década (imposición de sus propios símbolos: bandera, himno, jerga neo-euskérica, etcétera) y evoca la *resignación* con la que los no nacionalistas soportan el dictado cultural nacionalista, precisando que "han escolarizado a sus hijos en euskera, y muchos de ellos, como el propio Gómez Pin, lo han estudiado amorosamente".

Cuando los designados no somos ni siquiera vascos, tal humildad no sería más rentable que la del judío ante los valores del ario, y Juaristi evoca a Sabino Arana: "Si un vasco que desconoce el euskera causa un gran daño a la patria, mucho mayor se lo inflige un *maketo* que llega a aprenderlo". Juaristi disculpa ciertamente tal actitud en la comunidad no nacionalista por el *amedrentamiento* a que se hallaría sometida, al cual él, felizmente, escapa, puesto que se erige en paladín de la intransigencia frente al fanatismo y del "aislamiento de sus cómplices". Para que tal programa se lleve a efecto es de suponer que cuenta con la favorable disposición de la mayoría de los vascos. Pues bien: dos días después de la aparición de su artículo, las diferentes ramas del nacionalismo (que Juaristi vincula por igual al aranismo) obtienen abrumadora mayoría de votos. ¿Se introdujo también el miedo en las urnas? ¿Renuncia el señor Juaristi a su cruzada o empieza a introducir matices? ¿El nacionalismo vasco es intrínsecamente canalla o una parte ayudará a Juaristi a combatir a la otra? Tal distinción entre los nacionalistas es posible en términos políticos abstractos, pero el señor Juaristi —su artículo lo muestra— sabe perfectamente que en la cotidianidad es imposible establecer clara frontera entre ellos, cuando se trata del grado de repudio del vínculo con España en las formas que la Constitución dispone. Como mucho, los firmantes del Pacto de Ajuria Enea son públicamente algo más cautos.

Lo único que a los españoles (yo lo soy, desde luego; diferente es exigir que otros lo sean) nos honraría es afrontar tal realidad "guste o no guste", dejando de enviar a la humillación (o al sacrificio) jóvenes en cuyo cuerpo *uniformado* la contradicción adquiere los dramáticos tintes a los que, desde luego, las clases política e intelectual escapamos.

Siempre es noble tomar distancia frente a sí mismo. *Euskaldún viejo* y amamantado en el nacionalismo vasco, Juaristi lo hace al interiorizar las razones del nacionalismo español; lástima que tal actitud se adopte comprometiendo el cuerpo... de los otros.— **Víctor Gómez Pin.** La Laguna. Tenerife.

Conceptos de democracia

En su carta al director (1 de octubre), el señor Guerra García cuenta su desgracia por haberse visto retenido durante unas horas al llegar a EE UU sin visado. Él dice que, a pesar de conocer las normas vigentes del país, optó por ignorarlas, concluyendo que, dada su condición de profesional (médico, en su caso), vio "inoportuno" sacar el visado. Al descubrir que los profesionales, igual que los demás, están obligados a seguir las mismas normas, el señor Guerra García concluye que por eso carece de democracia EE UU.

Aconsejo al doctor Guerra García que revise —cuidadosamente— su concepto de la democracia.— **James W. Trevor.** Madrid.

Para reír

Que la banca española gana millones de pesetas no es decir ninguna novedad. El cerebro más raquítico del país es capaz de presentar unos resultados

Pasa a la **página siguiente**